



La ciencia en la agenda política: ¿sólo este año de la ciencia?

Vicente Rubio

Es evidente que la ciencia ha entrado en la agenda política. Sea por autoconvencimiento quizá incentivado por las iniciativas de la SEBBM –recuerden el Pacto de Estado por la Ciencia que lanzó el debate por la ciencia a la arena política en plena campaña electoral estatal– o por otras razones, el hecho es que la I+D ha entrado en el imaginario colectivo de la clase política, de lo que creo nos tenemos que congratular, y mucho, tod@s, ciudadan@s y científic@s.

Ahí está la Conferencia de Presidentes Autonómicos del pasado mes de enero, con una agenda trufada de I+D+I, que ¡fue portata en periódicos y telediarios! Conferencia que fue paridora de ENCYT –Estrategia Nacional de Ciencia y Tecnología– aprobada por unanimidad y con un horizonte hasta 2015. En realidad, se trata del Pacto por la Ciencia, pues de un pacto se trata, aunque de principios –pero bueno es, pues los principios se desarrollan luego– entre Autonomías de todos los colores (o incluso multicolores) y Gobierno de la Nación. O también, en esa misma Conferencia, de la adjudicación de Infraestructuras Singulares, también consensuado sin disputa y que quizá acerque a España a su mayoría de edad científica.

Otro botón de muestra es la Ley de la Investigación Biomédica, recién aprobada y a punto de ser publicada en el BOE cuando escribo estas líneas, ley que se ocupa sobre todo de aspectos éticos, pero que refleja la consideración de la investigación biomédica como realidad sustancial; y que, además, se ocupa en su título VIII de la Promoción y Coordinación de la Investigación Biomédica en el Sistema Nacional de Salud, verdadero embrión organizativo de la actividad investigadora en el ámbito sanitario. Confiamos que ese embrión regule el desarrollo ordenado de un cuerpo bien conformado, sin malformaciones ni graves errores congénitos.

Igualmente pertinente como ejemplo es el recorrido –traqueteante e inconcluso, pero

recorrido– del desarrollo de la Ley de Agencias, con el Estatuto de la Agencia CSIC como buque insignia que lleva ya casi un año de navegación ¡sin haber naufragado! La aprobación de un Estatuto no descafeinado parece vital para la supervivencia del CSIC, pues es un secreto a voces que el CSIC tiene un excelente motor pero una transmisión gripada por su carácter de burocracia de las Administraciones Públicas. Citaré otra vez –ya lo hice en un pasado no lejano– al maestro y Nobel Perutz cuando dice en el prólogo de su libro *I wish I'd Made You Angry Earlier* (Cold Spring Harbor Laboratory Press, 2002) que «la creatividad en ciencia, como en las artes, no puede organizarse. Surge espontáneamente del talento individual. Los laboratorios bien llevados pueden promocionarla, pero la organización jerárquica, las reglas burocráticas inflexibles, y las montañas de papeleo fútil pueden matarla».

Por cierto, que este problema no debe ser único del CSIC, porque hace poco se ha publicado en la prensa y se ha enviado a las altas instancias una carta firmada por un buen número de investigador@s del sector público, incluid@s muchísim@s no pertenecientes al CSIC, titulada «Tiempo para pensar», en la que uno de los temas estrella era el incremento exponencial del papeleo que hemos de afrontar l@s científic@s. Con aquello de que hemos de dar cuentas, va a llegar un momento en que acabaremos no teniendo de qué darlas porque nos habremos pasado todo el tiempo dándolas (e iniciando *spin-offs*, y escribiendo patentes, y divulgando ciencia, y organizando redes y reuniones de redes, y biobancos, y dando jornadas de puertas abiertas; todo menos hacer ciencia).

Pero vuelvo al Plan Nacional, actualmente en preparación para su entrada en sociedad el próximo año. El Plan se revela continuista en el planteamiento de líneas temáticas prioritarias, pero es innovador al centrar el énfasis en los instrumentos de ejecución, entre los que se introducen algunos creo que nuevos en el entorno español como el Progra-

ma «Financiación de la Investigación en Instituciones», presumiblemente similar a los *block grants* británicos. Se sigue echando en falta un calendario estable y permanente de actuaciones, con convocatorias previsibles en fecha de publicación y de concesión, así como unas reglas de juego idénticas para las convocatorias de los distintos años. También el reconocimiento de la primacía del instrumento Proyecto de Investigación, el artífice del florecimiento científico de España, pudiendo darse la aberrante paradoja de que se aumente el dinero para ciencia pero no para proyectos.

Y cómo no hablar del Año de la Ciencia. El problema es si luego, acabado el año, volveremos a meter la ciencia en el ropero y la dejaremos apolillar. Por eso, el año de la ciencia deberían serlo todos los años, no para hacer exposiciones, conciertos, discursos y demás zarandajas, que por qué no, sino por el interés real por la actividad científica, interés que significa a la vez mimo y exigencia, financiación y seguimiento de producción.

Y aquí entran nuestros flamantes y recién recibidos (cuando se publique este artículo) consejeros autonómicos responsables de la ciencia en las respectivas comunidades autónomas (excepto en aquellas con cita electoral autonómica en otra fecha). Recuerden y cumplan los compromisos adquiridos de la ENCYT. Traten al CSIC y al Instituto de Salud Carlos III como propios, y atráiganlos. Recuerden la importancia de que la universidad mejore como actor de la investigación. Entérense de la reciente y exitosa experiencia alemana en que Gobierno Federal, Gobiernos de la Regiones y organismos financiadores y ejecutores de investigación se han puesto de acuerdo en un plan concertado que ha catapultado la actividad investigadora de la universidad (véase el número de la revista *Nature* de 7 de junio). Copien lo que funciona (¿qué tal el programa ICREA de Cataluña?) y experimenten con gaseosa. Y, sobre todo, sean bienvenidos y tengan mucho éxito en su función. #